

# Presidentes Antioqueños

Por Abel García Valencia

## INICIAL

En homenaje a una ciudad inclita se viene cumpliendo un ciclo de conferencias memorables, entre las cuales la mía apenas sirve de engaste y guarnición, para que las otras, como piedras de un oriente purísimo, brillen y resalten espléndidas. Todos los aspectos soberbios de la vida antioqueña, todas las peripecias y las transformaciones de su historia, todos los progresos alcanzados al cabo de estas cuatro centurias, todas las glorias de sus hombres, todos los sangrientos episodios de épocas que parece van feneciendo, todas las conquistas de la cultura, todas las ansias, los avances, las caídas y recaídas, los trances amargos y los trances alegres, todas las pequeñas grandes cosas que iluminan o entenebrecen las crónicas de la tierra, todas las dulces evocaciones de estos hogares nuestros, paradigma clásico de los hogares perfectos, todo en esta serie de conferencias lo hemos revivido, en acto supremo de exaltación a la ciudad antigua que ahora veneramos, a la ciudad de Antioquia, signo, cifra, compendio, síntesis y emblema de la raza, magna expresión de nuestro pueblo, fuente de nuestro existir, causa de nuestro nombre, molde eterno de una prosapia admiranda, madre milagrosa que, como aquellas mujeres celebérrimas, de su matriz inagotable extraen los hijos, y la maternidad las vuelve más pródigas y fuertes.

Estamos preparando los espíritus, templando cerebros y corazones para el acontecimiento fausto. Por eso llega de todos los confines de la patria, y aun de remotas y lejanas patrias, la vibración y el eco de esta efemérides antioqueña, que si en el aspecto exterior de la rea-

---

NOTA: Hace poco falleció este ilustre escritor colombiano. Intelectual de tiempo completo, dedicó lo mejor de su vida a los menesteres literarios. Su devoción especial fue la literatura antioqueña y hay numerosos y valiosos estudios suyos sobre el tema. Como homenaje póstumo para quien fuera colaborador de esta Revista en varias ocasiones, reproducimos una magistral conferencia suya leída con ocasión del IV Centenario de Santa Fe de Antioquia, en 1941.

lizaciones materiales nada nos muestra para celebrarla, por la emanación cordial de su significado, si reúne y confunde a todos los renuevos numerosos y vigorosos de la tribu diseminada y dispersa. Es que, nacidos los antioqueños en condiciones desfavorables de vida, por obra del duro suelo y del terreno quebrado y arisco, emigran y en apartados lugares plantan el nido y allí dilatan su progenie. Pero de esta calidad originaria surge, precisamente, uno de los más hermosos motivos de nuestra supervivencia. Obligados a compensar y equilibrar las inclemencias de la naturaleza, nace de aquí la reacción, éste es el origen de nuestro poderoso ímpetu para libertarnos de las circunstancias adversas. Así el pueblo judío, forzado a vivir en condiciones funestas, de ese destino desgraciado saca su pujanza absorbente, y el impulso creador de su inteligencia. Por eso, tal perfidia aparente de la vida no ha de ser motivo de nuestras querellas. Pensemos, además, en que según el decir de autores magistrales, en los países montañosos, peñascosos y escarpados el ámbito es propicio a la libertad, y en cambio las grandes llanuras engendran totalitarios regímenes, en ellas fermentan la tiranía, el absolutismo y la servidumbre.

Pero esto que digo, y otras cosas que ahora diré, acerca de los influjos del medio, no autoriza a nadie para señalarme como afiliado y aferrado a la escuela materialista. En esta vislumbre fugaz, en este breve memento acerca de los presidentes antioqueños, por igual me atengo, siguiendo el cómodo precepto cartesiano, al equilibrado justo medio. Sucede que para juzgar a los hombres, en parte creo en la fuerza del ambiente con Marx, Taine y los primates del materialismo. A veces creo, como dijeron Carlyle y los románticos, que en la vida pesa el inmarcesible ejemplo de los grandes genios. Y en todas las ocasiones me inclino a creer en el imperio de lo espiritual y divino, con Pascal el filósofo de los pensamientos inefables.

Se sabe que no es cuantiosa como una letanía, pero sí es preciosa la breve nómina de los presidentes antioqueños. Fueron ellos, Liborio Mejía, mancebo aureolado y epónimo, a quien su existencia corta de centella no le impidió ceñir la noble y doble excelencia del magistrado y del héroe; Juan de Dios Aranzazu, de historia un tanto ignorada u olvidada, pero factor esencial en el desenvolvimiento de Antioquia y de Colombia, cuya iconografía sólo nos revela su extraña estampa de girondino impenetrable, sin que en un principio nos sea dado adivinar en ella los ardores de su alma; Carlos E. Restrepo, egregia encarnación del magistrado que buscó, anhelo imposible, la fusión y liquidación de las facciones políticas en un solo partido que fuera el de la república; Marco Fidel Suárez, eximio varón pluscuamperfecto, par de Cervantes en el habla hispana y en quien la democracia universal tiene un símbolo excelso. Y Pedro Nel Ospina, que si en Antioquia no hizo sentir sus tenues y débiles gemidos iniciales, más adelante expondré por qué debemos tenerlo como uno de nuestros altísimos conterráneos, por la suprema acción que sobre su ser ejercieron las fuerzas telúricas. Son estos los preclaros, los ilustrísimos, los excelentísimos en verdad y por razón de su dignidad honorífica, los patricios, los insignes ciudadanos que, a través de un siglo largo de avatares y metamorfosis, resultaron hermanos en la historia, los personeros de Antioquia en la

posición más benemérita, en la más encumbrada, en la grada superior, en la colina, en el altar donde oficiaran en nombre de Colombia.

Penetremos, ahora sí, en el rápido bosquejo de estas vidas espectables. Mas no pretendo, aquí, hilar un recuerdo inanimado de fechas y de nombres, sino esbozar estos rasgos, estas fisonomías, en forma que nos aproxime, que nos ponga en contacto con su propia conciencia, con su sér íntimo y con su más acrisolada y fina expresión psíquica.

### **LIBORIO MEJIA, UN MANCEBO DE EPOPEYA**

Y es placentero y satisfactorio romper con Liborio Mejía esta serie de semblanzas, por las circunstancias accesorias, concurrentes y concomitantes que a ese nombre se asocian. El fue, en efecto, profesor de filosofía en el instituto que dio origen a la Universidad de Antioquia, y como, además, "Antioquia" se llamaba el batallón que había de llevar a nuestro prócer a la muerte y a la gloria, estos hechos, en concurso simpático, juntan y confunden los nombres de Liborio Mejía, y de nuestra región, hombre y nombre de imperecedera memoria radiante.

Pocos apellidos de tan exacta factura racial como éste de Mejía, pues no obstante su procedencia hispana, se puede casi asegurar que no hay Mejías en Colombia cuyos directos progenitores no hayan salido de Antioquia. En la ciudad blasonada de Rionegro nació Liborio José Apolinar, en julio de 1792, y fueron sus padres Don José Antonio Mejía y Doña María Gutiérrez. Peninsulares de estirpe, estos Mejías trajeron a las breñas y los valles nuéstros los claros timbres de su raza, y en la genealogía de esta familia tropieza el rebuscador de la historia con varones varios de singular prestancia. No es preciso que la imaginación vuele demasiado para imaginarnos al niño Liborio Mejía en sus comienzos, entonando en su valle nativo el cuerpo y el ingenio, dando a conocer los rasgos de sus abuelos, denunciando en su estampa gentilísima la índole de su abolengo. En esa dulce comarca apacible se perfiló su individualidad enérgica, allí se formó para la vida en la aspiración de saludables efluvios, y fue allí donde el contacto con la tierra maternal le infundió la traza y las facciones del antioqueño por esencia. Tan compenetrado e imbuído estaba, tan antioqueño fue, que para hacer más notoria su fisonomía racial hubo una vez en que Liborio Mejía, como para dar sarcásticamente la razón a quienes de positivistas nos reprochan, se hizo comerciante.

Y, situados ya dentro del ambiente, vale la pena que se insinúe, aproximadamente siquiera, cuál era el paisaje borroso y penumbroso de esta provincia en aquellos tiempos melancólicos y suaves, como los atardeceres de las campiñas. Así enfoca nuestro gran conterráneo López de Mesa, esos días lejanos y de égloga: "Qué era Antioquia, la que hoy es madre fuerte de dos millones de ciudadanos con carácter peculiar, concepto propio de la vida, fonética especial y hasta rasgos fisonómicos sui géneris? En cuatro aldeas que se llamaban ingenuamente villas y ciudades y en algunos ranchos que cuadraban una plazuela aún enmalezada, con el altivo nombre de pueblo, allá por los vecinetos y entrenudos de empinadas serranías vivían parca y morosa-

mente cuarenta y seis mil habitantes, de los cuales unos cinco mil esclavos, algunos libertos y pocos indios. De los blancos quizá un treinta por ciento de origen vascongado, otro tanto de andaluces, luego castellanos, algunos catalanes, tres o cuatro familias portuguesas, y hasta una francesa que pronto habría de hacerse prestante. Población que cabría en el actual barrio de Chapinero de Bogotá, y que entonces vegetaba difícilmente en medio de una selva de cien mil kilómetros cuadrados, entre los ríos de la Magdalena y Atrato, en un suelo pobre para la agricultura y vertiginosamente abrupto. A los padres llevó allí el halago del oro, y a los hijos retuvo y retiene el recuerdo del hogar, porque a decir verdad estos fueron los primordiales aglutinantes de aquel núcleo de población, el más definido y resistente de la actual Colombia. De buena índole debieron de ser aquellos primitivos colonizadores, pues convivieron en tan grande alejamiento sin desmoralizarse, que sus crónicas no nos traen voces de crueldad ni fulgor de pasiones siniestras, antes bien, el recuerdo de que hasta el esclavo era ahí mirado con cristiana fraternidad, miembro del hogar que le protegía, sin sentirse abajado en el alma ni en el cuerpo, ya que aquélla se la garantizaba por igual que a su señor la fe común, y éste sudaba por parejo con el del amo en las fatigas de la mina y del barbecho. De ahí que al declararse la absoluta libertad de los esclavos en 1815, muchos la recibiesen con abundancia de lágrimas, creyendo que élla les alejaría del alero nativo y del trato de sus señores”.

En este cuadro magistral se puede enmarcar la joven figura heroica de Liborio Mejía, y fue en este medio virgiliano donde el futuro grande hombre adquirió los contornos que lo destacan entre los personajes casi legendarios de Antioquia y de Colombia. Mas no es el intento mío detenerme en los accidentes de su vida, sino definirlo a él, lo mismo que a los demás presidentes antioqueños, como expresión cierta de su tierra, de esta tierra arriscada de cuyos hombres se puede decir que son “*durum genus*”, gente dura, como de los romanos antiguos decían Cicerón y Tito Livio. En trazos veloces diré de Mejía que cumplidos los quince años se dirigió a Bogotá; que en San Bartolomé cursó estudios al lado de Santander, de García Rovira y de Aranzazu; que hacia 1812 estuvo dedicado a operaciones mercantiles; que al año siguiente enseñaba filosofía en esta villa de Medellín; que luego acompañó al sabio Caldas en los trabajos de fortificación al sur de la provincia; que sentó plaza de voluntario en el batallón que el famoso “Fogoso” coronel José María Gutiérrez, organizaba para marchar al Cauca; que sucedió a su jefe en el comando del cuerpo de tropa; que en el combate del Palo, el batallón de Antioquia mandado por él, fue el más distinguido y valeroso; que en 1816 fue acordado vicepresidente de la república para entrar a ejercer inmediatamente el poder ejecutivo; que sólo contaba veinticuatro años entonces; que en la Cuchilla del Tambo pasmó a todos por su actuación extraordinaria; que en el desesperado combate de la Plata fue hecho prisionero; que el 6 de septiembre de 1816 fue fusilado en Santafé; y que así culminó esta vida admirable, que como una ráfaga alumbró el panorama desolado de su patria, y desapareció fugacísima, apagada por un cruel golpe de viento instantáneo.

Este mozo de epopeya, el más joven entre todos los presidentes colombianos, se manifestó como antioqueño terrícola por otra condición de su carácter indomable. Su heroísmo fue individual, como el de otros antioqueños, y si su valor personal no se ciñó estrictamente a los moldes de la disciplina militar, si su individualismo lo inhibía para ciertos movimientos colectivos, si su responsabilidad no quería compartirla con nadie, si por eso confirmó el concepto que nos señala a los antioqueños como soldados pésimos, porque cada uno se constituye en el personero de sus actos, sea bendita esa falta de disciplina, saludemos a estos antioqueños que no son gregarios, que Dios nos conserve ese heroísmo solitario de Liborio Mejía en la Cuchilla del Tambo, de Atanasio Girardot en el Bárbula, de José María Córdoba en Ayacucho, del Dr. Rafael María Giraldo en Santa Bárbara de Cartago, y de Rafael Uribe Uribe en Peralonso.

Este fue Liborio Mejía, estudiante, mercadante, profesor de filosofía, traductor de un libro francés sobre estrategia militar, comandante en jefe de quien Sámano escribió: "no se puede negar que combatieron con despecho estos malvados", hombre de confianza de Caldas, presidente de la república, doncel de sumas excelencias, mancebo casto que no tuvo amores, porque su deidad única fue la patria, y por servirla a ella conquistó vida inmortal, con su muerte.

### **ARANZAZU, EL APASIONADO AMADOR**

Y he vuelto a mirar los raros rasgos de Juan de Dios Aranzazu, esa su frente combada y amplísima, sus facciones diluídas y debilitadas, su mirada enfermiza un tanto vaga, y el conjunto indeciso e impreciso del prócer de La Ceja, cuya indumentaria y abundosas patillas reviven aquellos retratos de los tormentosos días de la Gironda. No he podido penetrar totalmente en el secreto de la vida enigmática de Aranzazu, hombre que no tuvo parecido entre sus contemporáneos. Empero, las gentes de hoy pueden interpretar mejor que las de hace un siglo las facetas de su vida disímil e inarmónica. Es que el nombre y los hechos públicos de Aranzazu, como el haz luminosísimo de un faro, se proyectan en las lejanías de la distancia y del tiempo, y el misterio de su ser permanece en las inconsistencias de la penumbra.

Nacido en La Ceja, en 1798, sus padres, Don José María Aranzazu y Doña María Antonia González, lo enviaron pronto a Bogotá, y hasta 1810 fue bartolino eminente. Se dedicó al comercio y viajó por las Antillas, andariego y buscavida como antioqueño de buen tronco. Representó a su provincia en los congresos de la Gran Colombia, fue liberal moderado, redactó "La Miscelánea", fue a la convención de Ocaña, y estuvo en comisión oficial por Venezuela, buscando que se mantuviese la constitución de 1830. Por cerca de cuatro años fue gobernador de Antioquia, y puso los fundamentos firmes de la buena administración que aquí ha regido por largo tiempo. Fue partidario de Márquez, fue ministro de hacienda, y como presidente del consejo de estado se encargó del poder ejecutivo desde el 1º de julio hasta el 17 de octubre de 1841. En Bogotá murió, en abril de 1845, en edad todavía

temprana y atormentado por dolencia agudísima que durante muchos años fatigó su existencia precaria.

Este es el diseño de Aranzazu que sirve de base para elaborar una imagen más detenida, cabal y completa de este compatriota benemérito. Experto verdadero en las artes del buen gobierno, ello no es extraño, en quien desde niño estuvo en contacto con la vida práctica. Fue también colonizador de extensas regiones, en lo que es hoy el departamento de Caldas, y en memoria de sus empeños una progresista población lleva su nombre. Enseñados los antioqueños desde la primera edad a valerse por sus recursos propios, a desempeñar los más rudos menesteres de la casa y del campo, a entenderse con el potro cebrero y con becerros y toretes indómitos, a suplir al padre en sus ausencias, a manejar las más difíciles transacciones en el pueblo o en el cortijo agreste, así se explica, también, el sentido de responsabilidad que desde pequeños adquieren, y así se forma su conciencia individualista. Mas no era esto, precisamente, lo que de Aranzazu había de referir, pues he dado con datos originales que permiten dibujar la vera efigie de un gran amador, conocido apenas por algún episodio de atrayente colorido romántico. Es sabido que Aranzazu tuvo un amor exaltado por una dama gentilísima de la ciudad de Antioquia, y que de su nombre, Leocricia Pardo, compuso aquel anagrama célebre, grabado en la corteza de una ceiba que hasta hace poco se conservaba en las orillas del río Cauca, anagrama que así decía en la versión del enamorado violento: "Ardo por Cecilia", Era un amor tremendo, por una antioqueña de dulce nombre evocador y eufónico. "Si tienes una hija, dice uno de los libros sagrados de la India, pónle un nombre sonoro, que abunde en vocales y que sea suave para los labios del hombre". Pero estos dulces nombres, de varias vocales, Leocricia o Cecilia, no fueron los únicos nombres de mujer que sobre Aranzazu ejercieron influjo mágico. Hojeando la correspondencia del Doctor Rufino Cuervo, allí se encuentran, en numerosas páginas, noticias acerca de los apasionados transportes de Aranzazu, de su amorosa exaltación, de su perenne emoción femenina, de su ánimo arrebatado y propicio a rendir su corazón en los altares de la Mujer, símbolo incommovible y eterno. Eventualmente radicado en su provinciano refugio de Rionegro, allí se duele del limitado número de mujeres bellas y escribe: "Ni aun de mujeres se habla, porque este género es escaso, y todo lo que hay sobre el particular se conversa en media hora". En otra carta dice: "Crees darme una mala noticia con el casamiento de María Antonia. Te engañas. Lo celebro sinceramente. Yo ni podía ni quería llevarla al pie de los altares". En misiva posterior manifiesta, arrepentido un poco de ciertos excesos: "Nuestro corazón, encallecido en los vicios, no recibe fuertes impresiones de los encantos de la inocencia". Y esto escribe luego, como justificación de su soltería: "Quiero pertenecer a mí solo, perecer todo entero, por más que digáis que cada célibe priva cada cien años a la sociedad de cincuenta y seis hijos". Mas, enzarzado en las serias funciones del gobernante, así se dirige desde Medellín a su amigo el Dr. Cuervo: "No es lo mismo, a fé, gobernar una provincia que charlar en la calle del comercio o hacer piruetas a las damas". Más tarde, de nuevo en Bogotá, le seducen las murmuraciones sociales y las pequeñas intrigas de

matrimonios desavenidos, y a esto dedica párrafos especiales en sus epístolas. A este propósito son interesantes, también, las cartas que se cruzó con el general Juan María Gómez, en las cuales las mujeres constituyen el tema, el *leit motiv* constante. Y eso que ya entonces padecía de la columna vertebral, y acosado por dolores terribles y lancinantes, a la vez que escribía misivas amenas dialogaba con sus amigos y colaboradores acerca de los negocios de la patria.

Así fue Aranzazu, hombre de acción y de visión, amoroso y doloroso caballero que merece lugar entre los más grandes colombianos, pues sirvió al país con tal desvelo que murió célibe, no pudo entregarse del todo a una mujer, a la mujer que siempre inspiró los anhelos de su alma.

### RETOZO PSICOLOGICO

Andando, andando, entre caídas y tropezones transcurrió el pasado siglo, calificado injustamente como el estúpido siglo XIX. Ya se vio cómo sólo dos antioqueños llegaron entonces, casi por sorpresa y por tiempo brevísimo, a la presidencia de la república. En este siglo en que estamos, inicia Carlos E. Restrepo la corta pero luminosa teoría de los mandatarios salidos de nuestra tierra. De los anteriores he dado una idea apenas aproximada acerca de su psicosis, y ceñida, tenía qué ser así, a la psicología colectiva de entonces. Ahora, con mayores elementos de juicio, siendo los últimos mandatarios antioqueños más comprensibles y recientes, y estando en vigor nuevas teorías e hipótesis en relación con la personalidad humana, he de interpretar a los presidentes de este siglo como tipos psicológicos. No se oculta a nadie la dificultad de este intento atrevido, si estas clasificaciones son contingentes, si sobre los tipos humanos no se tiene todavía un criterio exacto, si, como advierte Jung, este mismo ilustre profesor está convencido de que si tuviese otra psicología individual, describiría sus tipos de modo inverso y diverso. Por lo pronto, Jung establece dos tipos principales, el **introvertido** y el **extravertido**, pero existen otros que mantienen el equilibrio entre aquél y éste, que del uno y el otro tienen algunas características y que corresponden a clasificaciones secundarias y accesorias. También Ostwald define dos tipos, el **clásico** y el **romántico**, que en términos generales equivalen al **introvertido** y el **extravertido** mencionados antes. Es la misma distinción del poeta suizo Carl Spitteler, que en **Prometeo** y **Epimeteo** encarna dos tipos, de los cuales se entrega al mundo Epimeteo, mientras Prometeo se interna en las reconditeces de su alma. Es aquella diferencia de personalidades que el cristianismo antiguo contempla en Tertuliano y Orígenes. Es la milenaria controversia entre Platón y Aristóteles. Es lo que Heine, el poeta judío-alemán, advertía: "Platón y Aristóteles! Hé aquí no sólo dos sistemas, sino dos naturalezas humanas distintas, que desde tiempos indeciblemente lejanos y bajo todos los hábitos imaginables se enfrentan más o menos hostilmente. Sobre todo desde la Edad Media, íntegra, y desde entonces hasta nuestros días, se ha mantenido la lucha. Siempre se trata de Platón y de Aristóteles, aunque sean otros los nombres que se mencionan. Naturalezas febriles, místicas, platónicas, desentrañan, con reveladora virtud, las ideas cristianas y los símbolos inherentes a ellas, de los a-

bismos de su espíritu. Naturalezas prácticas, ordenadoras, aristotélicas, construyen con estas ideas y estos símbolos un sistema firme, una dogmática y un culto”.

Entro ya, tras de este breve paréntesis, en el estudio psicológico de los presidentes antioqueños de este siglo, y desde ahora observo que lo hago con temor justificadísimo. Porque en el ritmo de todos los seres humanos son notorias la distensión y la contracción, en escala más o menos evidente. No existe, pues, el tipo psicológico puro, no hay quién disfrute en absoluto de uno de los mecanismos ya definidos, con atrofia total del otro. Por eso, digo que son discutibles y controvertibles las clasificaciones que en seguida determino prudentemente, y aseguro yo mismo que no estoy rigurosamente en lo cierto si señalo a Carlos E. Restrepo, a Marco Fidel Suárez y a Pedro Nel Ospina, en su orden, como el **intuitivo-extravertido**, el **introvertido** y el **extravertido** típicos.

### **CARLOS E. RESTREPO, SIMPATICA EXPRESION DEL INTUITIVO-EXTRAVERTIDO**

Carlos E. Restrepo, doctor honoris causa de la Universidad de Antioquia y rector que fue de ella en sus días más álgidos, nació en Medellín en septiembre de 1867. Fue seminarista de pro, periodista ágil, profesor ilustrado, juez íntegro, librero erudito y general de la república. Ocupó la secretaría de gobierno de Antioquia, fue elegido representante a la cámara, acompañó a Olaya Herrera en el ministerio de gobierno, desempeñó la embajada de Colombia ante la Santa Sede, y dió lustre con su nombre, su preparación y su verbo a varias academias. En la presidencia de la república, para la cual fue elegido por una asamblea nacional, en 1910, impuso normas de probidad en la administración y ordenó el gobierno dentro de un decoro inmaculado. Los postulados republicanos, que dieron origen a su elección, fueron adoptados por él y constituyen hasta hoy el más noble y generoso de los esfuerzos hechos en Colombia por apaciguar los odios de secta. El glorioso presente de la paz, el uso y goce pleno de las garantías sociales, la vuelta al régimen del oro, la consolidación de las instituciones democráticas, son los principios que afirman el prestigio de Carlos E. Restrepo y le conquistan la gratitud de las generaciones posteriores. Ciertamente, sufrió dificultades y molestias que le impidieron asegurar su rumbo, pero las bases que sentó fueron tan firmes que sobre ellas pudieron, las administraciones sucesivas, imponer dictados que no son ni mucho menos estériles e infecundos.

Por cuanto en Carlos E. Restrepo coincidieron facultades múltiples, distintas y distantes, condiciones de introversión y de extraversion notorias, he vacilado antes de modelarlo dentro de un determinado tipo psicológico. Hubo en él tipos humanos diversos. El **pensar**, el **sentir**, el **percibir** y el **intuír** fueron funciones de su vida, pero ninguna de ellas predominó en él de modo habitual y persistente. Se inició como reflexivo, pero quizá los apuros económicos de sus primeros años le dieron matices de extraversion enérgica. Sus facultades intelectivas naturales, que en él fueron evidentes, a veces lo hacían reconcentrar en los

abismos de su vida interior, y de allí como reacción sus frases geniales, manifestación extravertida, de allí también las intuiciones que decoran su carrera como resplandores súbitos. Tuvo trazas, además, de **perceptivo extravertido**, pero ésta es una peculiaridad que, como la del **sentimental**, tampoco le cuadra. Mas ocurre que por accidentes del cuerpo o del espíritu, en los tipos humanos sobreviene a veces una mutación imprevista. Fue así como Tertuliano, el pensador, se convirtió en hombre de sentimiento, y así fue como Orígenes, mutilándose y prescindiendo del vínculo sensual que lo asociaba al mundo, llegó a ser un gran varón del pensamiento. Fueron justamente las peripecias, los estorbos, los incidentes afortunados y los infortunados, los factores que definieron al Dr. Restrepo como **intuitivo-extravertido** dentro de la terminología del profesor Jung, hondísimo psicólogo.

Es preciso que me desentienda de aspectos menos interesantes de la personalidad de Carlos E. Restrepo, para seguir apenas los reflejos que ella tuvo en sus más bellos instantes. “El intuitivo tiene un fino sentido por lo latente preñado de futuro”, asevera Jung, y ésta fue una de las cualidades sobresalientes en nuestro héroe. “Jamás se acomoda a situaciones estables, de valor universalmente reconocido pero limitado”, y tal fue su actitud en frente de nuestros partidos políticos. “Donde subsista una posibilidad, allí se vincula el intuitivo con fuerza de destino”; y esa fue la posición del Dr. Restrepo cuando se constituyó en el paladín de un partido incipiente. “Ni la razón ni el sentimiento lo detendrán, aunque contradiga sus convicciones anteriores”, y así procedió quien renegó de ideas por las cuales había luchado y que han sido las de los suyos, siempre. “Es el conductor natural de toda minoría prometedora”, y en esta condición de animador le conocieron sus contemporáneos. Empero, “abandona sin decirlo sus campos recién plantados y sale con las manos vacías”, y ésta fue su posición final de escepticismo ante los hombres. El **intuitivo-extravertido** se atiene a los objetos externos, presiente las posibilidades exteriores, y por eso nuestro altísimo paisano buscó el comercio, la política y la vida de empresa como terreno fecundo para la expresión de su índole.

Aspectos originales hay otros en la vida de Carlos E. Restrepo, que es sensible no ampliar aquí, por el carácter limitado y restringido de esta conferencia. En la Universidad de Antioquia, que regentó con brillo singularísimo, se recuerda su acción fecunda en lo material y su eficaz intervención en la dirección de los espíritus. Es Carlos E. Restrepo uno de los antioqueños que honran a Colombia, y de allí que su exaltación a la presidencia de la república hubiera sido un acto natural y voluntario de la patria. La banda tricolor tenía qué ceñirla, lógicamente, el hombre que en un momento dado fue la encarnación de los más vehementes deseos ciudadanos, y de ellos brotó, sin que urgieran plebiscitos falsos, como flor vivísima y espontánea.

### MARCO FIDEL SUAREZ, O EL INTROVERTIDO EN BUSCA DE SU ALMA

Cansado, intimidado y mohino llegó hasta el nombre de Marco Fidél Suárez, el primero entre los últimos. Y es incómoda la posición

del escritor modesto cuando sube a estos sitios por azares benévolos. Y la desazón se multiplica y crece cuando la fortuna, o la desventura, lo hacen disertar al margen de la vida dolorosa y gloriosa de uno de los reyes de la prosa hispana, si ésta es una mediocre parla, si este sencillo glosador que os habla no es sino un pobre y mezquino iniciado en ese arte magnífico de ensartar vocábulos. De todas maneras puedo, debo y quiero recordar al varón superiorísimo a quien mis jefes y partidarios menosprecian.

En abril de 1855 vino al mundo en Bello, el Hatoviejo conocido en siglos anteriores por los aburreños, y en esos prados de Niquía y en las quiebras de la García triscó y travesó de niño. Humildísimo y paupérrimo hizo estudios en el seminario de Medellín, se marchó luego a Bogotá y fue en esa ciudad donde se hizo conocer, joven todavía ignorado y empleadillo de nómina, por un famoso análisis acerca de la obra de Don Andrés Bello, que laureó la academia de la lengua. Corridos los años fue ministro encargado de diversos portafolios, pero fue en la cartera de relaciones exteriores donde conquistó para la patria y para su nombre inacabables aplausos. Elegido presidente por mandamiento popular, contra el esclarecido payanés Guillermo Valencia, fue la presidencia de la república su altar y su calvario. No obstante la crisis económica logró la nacionalización de varios ferrocarriles, e inició otras obras numerosas de progreso evidente. Pero los opositoristas de su partido, con pretextos infandos, juraron guerra cruel a su gobierno y la intemperancia verbal de los furiosos llegó a extremos reprobables. Suárez había manifestado que no dispondría de un solo centavo de la indemnización americana, mas para acallar de una vez la ferocidad de sus censores, abandonó el poder mediante un pacto en que los opositoristas se comprometían a discutir el tratado con los Estados Unidos, entre otras solicitudes de patriótica urgencia. Es decir que, en bien de la república, resignó la presidencia y se convirtió en pábulo, pasto y alimento de sus malignas euménides. En el fondo de su ostracismo político encontró, sin embargo, la redención suprema, y fue allí donde su fisonomía moral y sus perfiles intelectuales se destacaron purísimos e inmensos. Los "Sueños", ese prodigioso monumento literario, enciclopédico resumen de sabiduría y experiencia, síntesis de patriotismo, arquetipo de imperial estilo, son el pedestal de su honor, al paso que sus enemigos allí perecen hundidos en el cieno de su deshonra. Por cierto que en veces llega Suárez a penetrar en las carnes de sus "euménides" con tan punzante picadura de avispa, que momentáneamente deja de ser el **introvertido** normal, para tornarse en el **reflexivo-extravertido** clásico.

Naturalmente, se atribuye la introversión de Suárez a la fatalidad que lo hizo nacer en cuna abandonada y triste. Retraído y solo, siempre humillado y obediente, fue así elaborándose una de las humanidades de excepción que nos reconcilian con los principios democráticos. De esta manera se formó, en pugna lenta y constante hasta encontrar el camino de su alma. Este es el comportamiento del tipo **clásico** de Ostwald, el introvertido de Jung, irresoluto, reflexivo, que no se entrega fácilmente, en perenne actitud defensiva, listo a ocultarse a la menor incidencia, sin el instinto de dominación y poderío, en púdicas ex-

pectativas anhelantes. Flemático y melancólico, silencia sus reacciones aunque ellas, hacia adentro, sean tan veloces y rápidas como las del **extravertido**. El contraste biológico entre el tipo **introvertido** y el **extravertido** es contundente, y hasta en la fisonomía externa se traslucen las diferencias y las distancias. Así, sin necesidad de puntualizar la identidad y el paralelo, en esta breve semblanza del **introvertido** se delinea la imagen del que se llamaba él mismo "presidente paria". A esta clase de tipos, como "compensación por la escasa influencia personal, se les otorga una influencia tanto mayor por su obra escrita", según refieren los psicólogos. Este es otro punto de compenetración exacta entre el prototipo que definimos y el disertado maestro de los "Sueños". También el **introvertido** espera que su obra hable por él, sabe que ella ha de salirle perfecta, y los frutos de su ingenio son por eso tardíos pero intachables. Adivina que en ellos, como en piedras miliares, han de quedar definitivamente grabados sus rasgos históricos. Las maneras del **introvertido** son propias de la abstracción, están siempre dispuestas a despojarse de lujuria y libidine, y como tal fue conocido el señor Suárez, en su vida amorosa recatado, tímido y honesto.

Suárez, resplandeciente gloria intelectual de Colombia, murió como vivió en estrecha condición mísera. Se le acusó de peculado, y en su retiro sombrío, anciano y en la ruina, lo sorprendió el fin sin otro amparo ni mortaja que su confiada espera en la divina Providencia. Erasmo redivivo, fatigado y exangüe, rodeado de sus libros, extraño a los afanes mundanales, el pulso perdido pero el cerebro luciente, en coloquio erudito con sus camaradas ensoñados y fantásticos, así se fue espiritualizando y diluyendo la envoltura de su cuerpo. Como dice Novalis, el sentido de la religión y la idea de Dios los adquiere el hombre a través del sufrimiento. Pero Suárez fue de Dios; en la llama del amor divino se fue como un cirio extinguiendo y pareciendo, en la luminosa herida del costado de Jesús enjugó sus dolores y mojó su pluma rutilante, comulgó en El y su nombre se asocia para la eternidad a El, por su prodigiosa homilía a Jesucristo.

## VARIACIONES AL REDEDOR DEL MITO DE ANTEO

Dije que explicaría por qué incluyo a Pedro Nel Ospina entre los presidentes vernáculos. No me refiero a su primera animación y concepción en estas montañas. Aludo apenas a la noble matrona antioqueña que alimentó sus primeras ansias. Incidentalmente, y como simple mención correlativa, insinúo que uno de los conquistadores de Antioquia, el capitán Francisco Martínez de Ospina, fundador de Remedios, fue por la línea directa su octavo ascendiente. Estos son hechos, pero hay otros, de no menos vigorosa factura, que permiten ampliar lo que sabios indiscutidos han escrito acerca de los influjos del ambiente. Y esto sin recordar, además, que ocasionalmente nació Ospina en la más colombiana de todas las ciudades, en Bogotá, y en el único lugar capitalino, el palacio de los presidentes, que no es un sitio dentro de una urbe sino el solo rincón santafereño donde se concentra toda Colombia. Quiero decir que no fue bogotano estrictamente, sino por excelencia un hombre de la patria. Pero vengo a exponer, por lo que antes

indicaba ligeramente, la teoría que tiene origen remoto en la ficción alegórica de Anteo, el gigante fabuloso que recuperaba sus fuerzas al solo contacto con el suelo nutricio, porque era el hijo supremo de la Tierra. Tiene, pues, la teoría un origen mitológico, y ya en tiempos antiquísimos el viejo Hipócrates le daba categoría científica cuando aseveraba que el temperamento era influido por la acción del medio, y que en la formación de la personalidad intervenían los lugares, las aguas y los aires. Séneca decía en su epístola segunda: "El elemento frío produciría tímidos, porque el frío embota y comprime. En los que predomina el elemento húmedo, la ira crece poco a poco, porque no está preparado en ellos el calor, sino que lo adquieren por el movimiento. Fue lo que el sabio Caldas escribió en su monografía: "El influjo del clima sobre los seres organizados", denso estudio en el cual se lee lo que sigue, como dato más para comprobar la tesis en que me enzarzo: "El cuerpo del hombre, como el de todos los animales, está sujeto a todas las leyes de la materia; pesa, se mueve, se divide; el calor lo dilata, el frío lo contrae; se humedece, se seca; en una palabra, recibe las impresiones de todos los cuerpos que lo rodean. Y cuando su parte material sufre alguna alteración, su espíritu participa de ella. Obrando sobre su espíritu, obra sobre sus potencias; obrando sobre sus potencias obra sobre sus inclinaciones, y por consiguiente sobre sus virtudes y sus vicios". No es el determinismo geográfico de quienes atribuyen a la naturaleza física un poder superior al de la inteligencia y la voluntad del hombre, sino que es la moderada teoría de un sabio cristiano que no llega a los extremos heterodoxos de quienes sostienen que no son tierras de humanidad ni Colombia ni el trópico.

Estaba sosteniendo que existen factores determinantes de la personalidad, que los elementos constitutivos del hombre son el reflejo del medio, que el mundo circundante se reproduce en el cuerpo y en el alma, que de tal manera se mimetizan los seres y las cosas con el ambiente, que por eso la piel del tigre es como una flor extravagante de la selva, la melena del león es como el penacho de una rara planta, el pavo real es un guardajoyas abierto, la culebra coral es un rubí, y la salamandra es una reproducción animal de la lucentísima esmeralda. Refiere el conde de Keyserling que alguien una vez así exclamaba: "Me siento hermana de cada terrón de tierra. Quisiera tenderme en el suelo y esperar hasta convertirme en humus". Pues bien. Creo así explicar, superficial y suscintamente, la modalidad extraordinaria de la persona compenetrada con la naturaleza que la capta. Hans Much parece estar en lo cierto al afirmar que de una raíz desconocida brotan dos troncos divergentes, de los cuales tendría el uno su punto culminante en el hombre, y el otro en la planta. Pedro Nel Ospina tiene la raigambre poderosa de uno de los árboles nuestros, tiene la pujante vitalidad de Antioquia y es la expresión viva de la plenitud terrícola.

### **PEDRO NEL OSPINA, ESTAMPA DE UN GRAN EXTRAVERTIDO TIPICO**

Vino a la vida Pedro Nel Ospina en septiembre de 1858, y parecía desde niño predestinado para la misión que le tocó en suerte. Hizo

estudios de ingeniería en Estados Unidos, y allí tuvo horas de penuria y zozobra. Fue el primer rector de la Escuela de Minas de Medellín, y antes, porque su capacidad, su diligencia y su inteligencia fueron variadas y múltiples, había sido maestro de maestros en la cátedra de literatura de la Universidad de Antioquia. Hizo versos, y no malos, pero la poesía no fue en él su único acento monocorde, sino manifestación desbordante de su personalidad anchísima. Empresario industrial y agrícola, diplomático y parlamentario avezado, hay todavía el recuerdo de la soltura y el desembarazo con que se paseó por todos los caminos de la vida, por senderos que pusieron a prueba su corazón y su cerebro. En las desastradas guerras civiles llegó al generalato, mas no por generosa y bondadosa concesión al hijo de un prócer, sino por propios merecimientos. En la presidencia de la república, ambicionada y buscada culminación de su carrera, fueron audaces sus iniciativas intervencionistas. El Banco de la República, la superintendencia bancaria, la contraloría nacional, y otros benéficos y revolucionarios empeños, son el jalón definitivo que señala la época de las transformaciones fundamentales en Colombia. Su administración tuvo semejanzas con la de Reyes, y si no igualó Ospina al dictador del Quinquenio en cierto señorío y desinterés gentiles, lo superó como realizador y técnico.

Es el momento de exhibir, a la luz de la psicología, la individualidad de Pedro Nel Ospina, en ocasiones excesiva y por eso encarnación del **extravertido** característico. El **extravertido** no tropieza con especiales dificultades en su manifestación personal, impone su presencia casi involuntariamente, al decir de Jung, y esa fue la fácil trayectoria de Ospina desde sus principios. Tiene más favorables posibilidades que el **introvertido**, para su desarrollo, detalle que se advierte al poner en cotejo y paralelo sus facilidades, con las torturas que a Suárez agobiaron. El entusiasmo "le fluye en raudal verboso", mientras el **introvertido** sella sus labios, o apenas dice sabias palabras lacónicas. El **extravertido** es rápidamente conocido, desarrolla una intensa actividad privada y pública, ensancha el círculo de sus relaciones, se acomoda a todas las posibilidades, sabe escoger sin vacilaciones la profesión que le conviene, la explota conscientemente, el egoísmo es una de sus disposiciones, y en esto demuestra una extraña y peculiar manifestación de inconsecuencia con su índole. Son éstas, y algunas más que no expongo, porque ya siento y veo el agotamiento mío y vuestro, las evidencias que ostenta el tipo **extravertido**, del cual constituye el general Ospina un claro ejemplo. Efectivamente, en él coinciden las señales del **extravertido**, un sér normal, ambicioso, de carácter comunicativo, abierto y aparentemente benévolo, que fácilmente se hace cargo de cualquier situación, que traba rápidamente relaciones y se lanza, despreocupado y confiado, en situaciones desconocidas, en empresas y aventuras en que la victoria casi siempre lo premia.

No más se puede por hoy decir de Ospina, porque su estatura no la dominamos todavía en esta generación; es necesaria, aún, la perspectiva de la distancia y el tiempo. Sabemos, empero, que la patria le debe servicios inmensos, que dio un vuelco a la administración, estancada como las dormidas aguas, que honró al país y que se hizo digno de su apellido, de Antioquia y de Colombia. Una generación de machos

decía él que necesitaba la nación, y, sin que el espíritu sufra mengua, ese debe ser nuestro vehemente deseo multánime.

### COLOFON

En la cima o en el abismo, según queráis, de esta garrulería que como conferencia fue anunciada, y que de tal presume y finge, conviene saber que los antioqueños que ejercieron la presidencia de Colombia fueron siempre capaces, rectos, íntegros y dignos. Predominó el valor en aquél, en otro la sabiduría, la inteligencia en el anterior y en éste la eficiencia. De todas estas cualidades, y de sus defectos nimios, se forma un coro de nobilísimas voces y se compone una sinfonía magnífica. Dentro de la gran comunidad colombiana, estos antioqueños que ocuparon la presidencia de la república, integran, con sus antepesados de otros departamentos y sus pósteros, una tradicional familia rectora de altísimos espíritus. Y es la psicología una ciencia experimental y práctica de aplicaciones actuales, que no se debe suponer como simple escarceo literario ni como devaneo metafísico. Cabalmente, en estos días agitados y violentos se ha de resolver el erizado problema de la sucesión presidencial, y para ese evento embarazoso resultaría oportuno el buceo sagaz de los psicólogos. Un tributo ingenuo, en ese inquirir angustioso que se avecina, quisiera ser mi fastidiosa y desordenada plática, pero el intento es quizá superior a las pretensiones de este glosador exiguo.